como una oscura cárcel,
como un oscuro invierno;
y estás inerme, estás perdido, estás sumado;
encanecido; viejo.)

Es una gradación final, común a los poemas de Félix Grande. El hoy es un enervante estatismo; el mañana, progresivo final, disolución lenta y vacía. El mundo devora las apetencias de los valores intrínsecamente humanos. Es el Félix-niño y el Félix-anciano que decía Fernando Quiñones; las dos fuerzas actuantes, los extremos inconciliables de su obra; la ingenuidad de su pureza y el crudo congelarse de su concierto amenazado.

Para nuestro poeta, su mundo íntimo se identifica con la música y sus poemas todos llevarán este marchamo: o bien en su mera forma (repeticiones sucesivas de frases o palabras claves para despertar nuestra atención), o bien como núcleo musical, temático, ideológico, que suena desde lo hondo del poema. Es una constante que culmina en la última parte de *Música amenazada.*

Esperemos ahora que *Blanco Spirituals* llegue hasta nosotros. Esperemos qué último desarrollo adquiere la poesía de Félix Grande, poeta radicalmente español, que por su temática y su forma —ese desgarrón físico que el vocablo y la estrofa sufren en él— podemos colocar entre los poetas más interesantes de habla hispana, dentro y fuera de nuestras fronteras, como ya está acreditado.—JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN.

FRANCISCO AGUILAR PIÑAL: *La Sevilla de Olavide* (1767-1778), Sevilla, 1966.

«La capital andaluza, a la llegada de los Borbones, intentaba ocultar, con el recuerdo vanidoso y estéril de sus pasadas glorias, las miserias de la decadencia presente. Pero no todos sus hijos comulgaban con tan engañosa ficción. Desde mediados de siglo toma cuerpo en el ambiente intelectual sevillano un espíritu de sorda protesta, un malestar no contenido, una rebeldía honesta pero firme, respetuosa con los principios pero irreconciliable con los métodos; rebeldía, en fin, que se miraba en espejos extraños, pero que estaba alimentada por la más rancia tradición nacional.» Sevilla es un importante centro de la actividad y la disputa intelectual de la España ilustrada. Fray Diego de Cádiz, Forner, Pérez y López, el padre Zevallos, el padre Alvarado, el autor del *Comentario sobre los eruditos a la violeta,* y

Olavide son buenos ejemplos de la diversidad de tendencias que aparecen en la situación. Ante este panorama, hubiera sido muy atractiva una obra sobre los hombres, las posiciones ideológicas y las discusiones; pero la de Aguilar Piñal no es una historia de ideas; su visión es más amplia y más descriptiva: buen conocedor del tema, anota con amenidad y extensión los más diversos aspectos de la Sevilla de la época, entremezclados con la vida y actuación del asistente Olavide; desde la descripción de calles o fiestas hasta el estudio de los estamentos sociales o de la organización administrativa y educativa, todo aparece en este trabajo.

En conjunto se obtiene una visión exacta de las condiciones en las que emprendió su obra reformadora Olavide y de las mediatizaciones de todo tipo a las que forzosamente hubo de verse sometido. Después de dos siglos de decadencia, Sevilla había perdido casi las dos terceras partes de su población del siglo XVI, la actividad mercantil se había reducido enormemente (y entre las causas de ello señala literariamente el autor «en primer lugar, el abuso de nuestros codiciosos vecinos europeos que, sin consideraciones éticas de ninguna clase, atentos sólo al propio interés, individual o nacional, ejercen el contrabando más descarado en las costas americanas, saquean nuestros galeones y se burlan despiadadamente de la orgullosa, pero pobre de recursos, nación española...») y la situación agrícola era desastrosa, especialmente en lo relativo a los braceros, como describió excelentemente Olavide en la conocida cita: «Los jornaleros son los hombres más infelices de Europa. Se ejercitan en ir a trabajar a los cortijos y olivares, pero no van sino cuando los llaman los administradores de las heredades; esto es, en los tiempos propios del trabajo. Entonces, aunque casi desnudos y durmiendo siempre en el suelo, viven a lo menos con el pan y el gazpacho que les dan; pero en llegando el tiempo muerto, aquel en que por la intemperie no se puede trabajar, se ven obligados a mendigar. No hay cosa tan común en Andalucía como ver en invierno inundarse las grandes y pequeñas poblaciones de hombres, que llaman del campo, que el día antecedente trabajaban por su jornal y que al otro día, en que las lluvias impiden las faenas, se acogen al poblado, echándose, como enjambres, a pedir limosnas por las calles. Cada invierno entran en Sevilla millares de ellos. Estos hombres, la mitad del año son jornaleros, y la otra mitad, mendigos». En cuanto a la industria, destacan los intentos benéficos de la sociedad patriótica, constituída en 1775—por errata se desliza la fecha de 1755 en la página 62 del libro que comentamos—; en el análisis del informe de don Francisco Javier de Larumbe sobre la reforma industrial me parece inexacto decir que

la idea esencial es la revalorización del trabajo, y excesivo hablar de la justicia social, cuando lo que se pretende es reivindicar el valor de las actividades *útiles* frente a las meramente honoríficas, típico de la ideología burguesa y totalmente ajeno a las preocupaciones sociales.

Olavide cooperó también en la reforma universitaria. «Dos espíritus—nos dice en su plan de estudios—se han apoderado de nuestras universidades, que han sofocado y sofocarán perpetuamente las ciencias. El uno es el de partido o de escuelas, y el otro el escolástico. Con el primero se han hecho unos cuerpos tiranos de otros, han avasallado a las universidades, reduciéndolas a una vergonzosa esclavitud. Con el segundo, se han convertido las universidades en establecimientos frívolos e ineptos, pues sólo se han ocupado en cuestiones ridículas, en hipótesis quiméricas y distinciones sutiles, abandonando los sólidos conocimientos de las ciencias prácticas, que son las que ilustran al hombre. El espíritu escolástico es el destructor de los buenos estudios, el corruptor del gusto, y con él son incompatibles las verdaderas ciencias.» En definitiva, la corrupción e ineptitud total del cuerpo e instituciones docentes desvirtuaban necesariamente toda reforma parcial en este aspecto, como ocurrió con la expulsión de los jesuitas, que no hizo sino agravar la situación.

Las páginas finales del trabajo que comentamos están llenas de interés: Olavide intenta reducir drásticamente el número de hermandades, cofradías y congregaciones; defiende el teatro, educador del pueblo, frente a los prejuicios imperantes; critica—o de ello le acusa el Santo Oficio—el exceso de prácticas religiosas; y posee y ostenta libros prohibidos. La acusación contra Olavide lo fue contra todo el movimiento ilustrado; sería interesante investigar más a fondo quiénes suscitaron el proceso y en qué intereses se basaron. Aguilar Piñal maneja una importante carta inédita del propio Olavide en la que acusa a «algunas personas eclesiásticas», que han sufrido sus medidas reformadoras. El proceso inquisitorial queda como prueba de las tensiones ideológicas que sacudieron la España de Carlos III, y la obra comentada es, en resumen, un excelente estudio de las condiciones de hecho y del ambiente en el que estas tensiones se desarrollaron. Es quizá sólo un «telón de fondo», una descripción del medio social y cultural en que la vida sevillana se desarrolló, pero es precisamente el tipo de estudio necesario, y sin hacer aún en tantas otras regiones y momentos para comprender la historia de España.—José Alvarez Junco.